



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14196

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SABADO 27 DE MARZO DE 1909.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. 2.º Correo postal en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jover, 81, Faubourg-Montmartre.

La Jura de banderas

Extracto de la Orden de la plaza del día 27 de Marzo de 1909 en Cartagena.

Señalado por el Excmo. Sr. Capitán General de la Región el día de mañana para cumplimentar lo que dispone la R. O. C. de 18 de Marzo de 1905, el acto de prestar juramento de fidelidad á las banderas los reclutas del último reemplazo y la celebración de la misa que le ha de preceder tendrá lugar en la Alameda de San Antón, con sujeción á las siguientes instrucciones:

El altar se situará en la plaza de España dando frente al paseo de carruajes. La escuadra del primer Batallón del Regimiento de Sevilla colocará á cada lado de aquél cuatro gastadores y el cabo en el centro.

Los pelotones de reclutas de cada cuerpo se colocarán en tres líneas en el paseo lateral de la izquierda de la Alameda, y en ese orden: Sevilla, Artillería y Esp. A. f. n. e. de esta fuerza se hallarán los oficiales instructores.

La fuerza veterana de los tres cuerpos, con sus banderas y escoltas en el sitio correspondiente, se situarán dando frente al altar.

Las músicas y bandas de Sevilla y España y la banda de Artillería se establecerán en el paseo de la derecha frente á los reclutas de sus cuerpos, dejando espacio para que después se coloquen delante las banderas y sus escoltas.

Para instalarse como queda dicho, saldrán las tropas de sus cuarteles con la anticipación necesaria con el fin de que queden establecidas á las diez.

Acto seguido dará principio la misa que celebrará el capellán de la comandancia de Artillería D. Antonio Cañada Moreno y terminada al toque de atención general y un punto se mandará presentar las armas. En este momento la Bandera de Sevilla y el capellán del mismo cuerpo D. Abraham Montoya, pasarán á colocarse ocho pasos delante del centro de los reclutas dándoles frente y el teniente coronel D. Carlos Duelo como más antiguo de los mayores de la guarnición, se establecerá entonces á la derecha de la expresada bandera, de Sevilla, un punto largo de atención del cornetín de órdenes indicará que dicho teniente coronel y capellán han de proceder como previene el art. 6.º de la R. O. antes mencionada.

Concluida esta parte del acto, y sin variar la posición de armas presentadas, volverá la Bandera de Sevilla á su puesto y los mayores de los cuerpos se colocarán al lado derecho de las suyas respectivas para cumplimiento de lo que previenen las Ordenanzas siendo conducidos los reclutas por los Ayudantes.

El desfile se verificará ante el Excelentísimo Sr. Gral. Gobernador Militar tomando para ello el mando de todas las fuerzas el Excmo. Sr. General Jefe de la Brigada de Inf.ª Don Ramón Pérez Ballesteros, llevando como Jefe de E. M. al de la brigada comandante del cuerpo D. Fernando Gómez Zuloaga.

Para el regreso á los cuarteles las fuerzas marcharán por las calles del

Carmen, Puerta de Murcia, Honda, San Francisco, Duque y Angel.

Las tropas vestirán de gala para el acto de la jura y lo mismo todos los Jefes y Oficiales que asistan á presentarlo.

Con arreglo á lo prevenido quedan invitados al acto los retirados, los Caballeros de la Orden de San Fernando, los pensionistas y con derecho á pensión de la de San Hermenegildo y los alumnos de las Escuelas de primera enseñanza.

La comisión para recibir á dichos invitados y á las corporaciones que asistan en igual concepto, la compondrán los siguientes jefes y Oficiales teniente coronel de artillería D. Adriano Riestra, comandante del Bón, de 2.ª reserva D. S. gismundo Fabres, capitán de la caja de reclutas D. José Minguez, capitán de caballería D. Juan Gómez Moreno, capitán de ingenieros D. Félix Angosto y comisario de Guerra D. Carlos García Miró.

BALADA

No ves la rosa columpiar su tallo
Mecido por el aura?
¿No ves el pajarillo en la arboleda
Saltar de rama en rama?
¿No ves del sol los esplendentes rayos
Besar la fuente mansa?
¿No ves, en fin, las placidas estrellas?
Pues ¡cómprate unas galas!
CARLOS CANO.

Las reformas en Correos y Telégrafos

Ayer se leyó en la Cámara popular, el proyecto de organización de correos y telégrafos, que comprende 18 bases de las cuales, 12 corresponden al primer ramo y al segundo las restantes.

En las capitales de provincias, habrá una administración principal de correos, con estafetas en todas las cabezas de partido.

En otras poblaciones se crearán agencias.

El derecho de entregas de cartas á domicilio, queda suprimido en algunas capitales. La reforma se extenderá á otras poblaciones, á medida que lo consienta el presupuesto.

Con independencia del procedimiento administrativo se establecerá el Cuerpo de Tribunales de honor.

Construiránse edificios para el servicio de Correos y Telégrafos, en las capitales y además en las poblaciones de Ferrol, Cartagena, Palmas, Mahón, Reus y Vgo.

La tarifa de franqueo será de diez céntimos hasta 20 gramos, aumentándose en cada carta 5 céntimos por 10 gramos de exceso.

Las postales sencillas se franquearán con sello de 5 céntimos y de 10 las tarjetas dobles.

Los impresos costarán un céntimo cada 50 gramos y los periodicos un céntimo cada 100 números, procurando además conciertos con las empresas.

En los certificados, caso de pérdida se indemnizarán 20 pesetas.

Geationarase la rebaja del sobre monedero á 15 céntimos.

Se establece el giro postal y se crea la caja postal.

El franquero será de 75 céntimos hasta un kilo de peso, una peseta 3 kilos y 1'50 hasta cinco.

La tasa de los telegramas será 10 céntimos por palabra hasta cinco y las restantes cinco céntimos. Los telegramas de prensa pagarán como hasta ahora la mitad de precio.

Se pide autorización en el proyecto para que estas bases rijan el año actual.

CUENTO DEL SÁBADO

Una noche en la sierra

Aun se percibe el resopido fatigoso del tren en las luces negruzcas del túnel de Cercedilla.

Cruzamos el pueblo desierto y solo turba el augusto silencio de la noche el sonar de nuestros pasos recios y el rumor de los diálogos que entablamos.

Con rápido marchar atravesamos las últimas callejas del pintoresco pueblecito, y cuando de él nos alejamos suenan lentas y quejumbrosas en la torre oculta por la neblina, las nueve horas de la noche.

Por un sendero que trazó el continuo pasar y repasar de los rebaños, ascendemos en hilera los jovenzuelos que componemos la excursión.

Viajeros de buenas tierras asemejamos con nuestra extraña indumentaria: un pasamontañas blanco cubre nuestras cabezas; cuega de los hombros un capote de que pende la capucha recogida; forran nuestras piernas unas vendas de lana impermeable, crujen las retamas al peso de nuestro calzado y chascan las guijas de las torreneras.

Allí, en la lejanía, brilla una luz de plata: es la luna; la luna clara de Enero, que rasga el espesor de la neblina.

Colgada de la mole iagente de la montaña sube la carretera, que se empina en zig zag hasta la garganta de Navacerrada.

Nuestros pies comienzan á hundirse en la nieve blanda; ni una huella ha manchado su blancura impecable. En un recodo, tras una loma de piedras, se esconde la caseta, arropada del viento Norte por el pinar inmenso.

Un ladrido contesta al rumor de nuestras voces, y un periazo enorme viene á nosotros, hundiéndose en la nieve la felpa de sus lañas y sonando en sus sacudidas las cariancas de su collar; con alegres aullidos y prodigiosas cabriolas nos dá la bienvenida, y con nosotros entra en la caseta de peones, donde una lumbré nos aguarda para en ella secar nuestro atavío empapado.

Bajo la chimenea abovedada hacemos corro, y en alegre plática se comentan las peripecias de la caminata.

Allá fuera ruge el viento en los encinares y silba en las agudas crestas su canción terrible; lejos, muy lejos, se oye el aullido medroso del lobo, y el maslín yergue fiero su cabezota, al esenchar el ronco pregón de su enemigo.

Ya está besando el sol la nieve de los picchos; allá, desde el valle, al despertarse los batos, sube hasta nosotros el temblequeo de las esquilas.

Vamos puerto arriba, nuestros patines se deslizan torpemente; en torno á un menantia encontramos una nutrida caravana de alpinistas; también ellos hacen la ascensión con sus skys; es una veintena de jóvenes de la que seis ó siete señoritas forman parte; dijérase de éstas que son las vírgenes de la nieve, á juzgar por su belleza.

La rosa de sus mejillas es una rima alegre con la blancura de su traje alpino.

Allí quedan las damitas, hasta el arroyuelo que baja por el regato; nosotros proseguimos; tras lento caminar hemos logrado ascender á la cima del puerto.

Al otro lado se balancea majestuosamente la inmensidad del pinar de Balsain, detrás de su fronda verde se eleva hasta las nubes la aguda crestería de Peñalara. El viento serrano azota nuestra cara; trae en su caricia oleadas de vigor y lozanía.

Y allí en la cumbre del hielo del puerto, lanzando el aire nuestras gorras, gritamos gozosos un ¡viva! á la vida.

JOSE F. ZABALA

Orador sagrado

El señor cura de la iglesia de santo Tomás de la ciudad de Avila, Licen-

ciado Don Mariano Guerras, que viene ocupando la cátedra del Espíritu Santo en el templo de la Caridad es un orador sagrado de verdadera talla.

No tenemos el gusto de conocerle; solo había llegado hasta nosotros el eco de su fama, fama de la cual comprendemos ahora la plena justificación.

Durante los días que viene predicando hemos obtenido la grata impresión de que es su talento, claro; su ilustración, vasta; ejemplar su unción evangélica; correcta y pura su dicción; y su palabra, fácil, castiza, elegante, persuasiva.

Con tales dotes, repetimos, los discursos que venimos escuchándole nos producen satisfacción completa, haciéndonos entender al propio tiempo que el calificativo de reputado cura muy en justicia al orador sagrado señor Guerras.

¡A SUSCIPOR UNA!

Pasado el día 18, señalado para el fin del mundo, y transcurrido el día 20 sin que el terremoto anunciado para Alicante haya ocurrido, parecía natural que reposásemos tranquilos.

Ya tenemos en perspectiva otra catástrofe, ésta, como la primera de las mencionadas, archimundial.

El fin del mundo vuelve á acercarse. Esta vez es un profesor eminente, Lowell, quien lo anuncia. Este sabio deducase con preferencia á estudiar á Marte, y en sus estudios ha podido descubrir la trastada que nos prepara una estrella traidora, que ocultará su crimen bajo el manto de espantosa oscuridad.

Verán ustedes... No se trata de acabar así, de golpe y porrazo, con nuestra miserable existencia; se trata de la lenta, pero continua desaparición de la culta Tierra del sistema planetario.

Tenemos, eso sí, un tiempo que procuraremos aprovechar para ayudarnos á bien morir. ¡Catorce años!

Todo ese tiempo se ha de sentir ese astro negro antes de su choque definitivo con el sol.

Pero desde su presentación á nuestra vista sólo subsistirán de las ac-

LA REINA TOPACIO

277

Mercedes escuchaba á su hijo suspenso de sus labios; pero cuando D. Fernando llegó al momento en que encontró á D. Ítigo y doña Flor el interés que demostraba Mercedes por la narración pareció aumentarse más; palideció y se ruborizó muchas veces. D. Fernando sintió latir bajo su frente el pecho de su madre; y cuando refirió la simpatía extraña que se había apoderado de él á la vista de D. Ítigo y el impulso que le había llevado casi aplicando á los pies de doña Flor le puso la mano en su boca como para pedirle una tregua.

Era evidente que la madre de Fernando estaba á punto de fallar, no pudiendo resistir más la emoción.

Luego, cuando devolvió la palabra á su hijo vino la narración del peligro que había corrido, la huida á la montaña del incendio la retirada á la gruta de la gitana; el asalto dado al fugitivo por los soldados, y por último, el combate como con el oso.

Concluida la narración de D. Fernando Mercedes se levantó pálida y vacilante y fué á arrodillarse en un ángulo del cuarto, transformado en oratorio.

D. Fernando la miraba de pie y lleno de respeto cuando sintió que una mano se colocaba ligeramente sobre su hombro. Se volvió.

Biblioteca de El Eco de Cartagena

280

—¡Ah!—replicó riendo D. Fernando ¿ella vive en esta plaza?

—Venid—dijo Ramiro.—En un instante, no solamente sabréis todo lo que me ha acontecido sino también el servicio que os pido como de volver.

Los dos jóvenes salieron apoyados del brazo el uno del otro y principaron su paseo que como al hubiese sido arreglado de común acuerdo no fué más allá de la fachada de la casa.

Además de más de veces cuando cada uno de ellos le vantaba la cabeza había las ventanas del primer piso.

Mez con un uno otro se fijaron en la céntrica de ese movimiento, no se promovió ninguna explicación durante el silencio que guardaron al principio los dos paseos.

Al fin D. Ramiro, no pudiendo contenerse ya, dijo.

—Amigo Fernando, me parece que hemos venido, vos para sacchar mi confianza, y yo para hacéosla.

—Así, querido Ramiro,—dijo Fernando,—ya os escuchó.

—Ah, amigo mío—replicó Ramiro—¿qué osnel tiranos es el amor, y qué desdichadamente trata á los corazones que dormían!